



CRISTIÁN
STEWART

¿Por qué la familia?



13.

Bartolomé Murillo, 1950, *Sagrada Familia del pajarito*. Museo del Prado, Madrid.

.....
CRISTIÁN STEWARTDirector ejecutivo IdeaPaís
.....

La cuestión de la familia, su fortaleza institucional y cómo fortalecerla culturalmente ha sido parte esencial del ideario de IdeaPaís.¹ El objetivo de este artículo es desarrollar cuatro dimensiones que ayudan a comprender el sentido en el que la familia es un asunto político de primer orden.

Para entender mejor las razones que respaldan esta postura, es conveniente despejar cuáles no son razones para fundamentar la preocupación por la familia. No se trata de mantener valores morales porque sí. Tampoco se trata de una necesidad beata de decir qué es una familia y qué no, para que todo calce con un cierto orden mental previo. No es, tampoco, un capricho moral abstracto y distante de la realidad. Todo lo contrario: precisamente, porque lo único que existe —del todo— es la realidad, es que debemos ocuparnos por proteger, ante todo, aquello que permite a la realidad propiamente humana florecer y desplegarse con sus potencialidades al máximo. Quienes concebimos a la familia en su versión ideal como una comunidad fundada en un vínculo conyugal —que es, por excelencia, “célula social de la solidaridad intergeneracional”²... lo hacemos porque vemos en ella a la sociedad más necesaria y natural para esos fines.

¿Por qué entonces la preocupación por la protección y promoción de la familia? Porque es la base orgánica de esta y de todas las sociedades.

Partiré haciéndome cargo de esta declaración, para luego ofrecer cuatro sentidos o dimensiones en los que ella es fundamento de la sociedad. Se trata, por cierto, de un intento insuficiente de justificar la tesis que reside en la pregunta, y que no pretende abordar exhaustivamente todas las razones que pueden esgrimirse para dar respuesta a esta pregunta.

La promoción de una idea robusta de familia no implica asumir, en ningún sentido, que no existan otras realidades. Al revés, vemos todos los días a familias con modalidades diversas; otras con carencias o fragilidades significativas, o que tienen componentes corrosivos o inadecuados para la formación de los hijos. Más bien, la figura ideal de familia se plantea como un arquetipo al que las familias —con sus particularidades, debilidades y complejidades que sus miembros presentan— deben aspirar por su conveniencia. Y esa ventaja dice relación con el modo más apropiado para cumplir sus funciones (más adelante desarrollamos este asunto). Así como hay quienes legítimamente ven en la total diversidad un bien en sí mismo, y que por tanto se abstienen de promover como bueno un modelo particular familiar, nosotros vemos que existen modelos que facilitan a sus miembros ejercer mejor sus roles, lo que deviene en más bienes y, en último término, en un desarrollo familiar más humano. Justamente desde esa perspectiva normativa, anclada a la naturaleza humana, es que resulta comprensible la deseabilidad de que su constitución sea “a partir de la unión matrimonial entre un hombre y una mujer, para donarse

1 Agradezco a Eduardo Galaz, Catalina Siles y Magdalena Vergara, quienes han aportado invaluablemente en este artículo con diversas ideas sobre la materia.

2 Catalina Siles, “Una política para la familia”, *Instituto de Estudios de la Sociedad*: Serie informes (2018): 11.

mutuamente y dar la mejor educación posible a sus hijos”.³

Las realidades se definen según la versión que cumple más adecuadamente con sus propiedades y fines —una mesa es una plataforma o superficie capaz de cumplir determinadas funciones bajo ciertas características, como tener cuatro patas o permitir el trabajo o la alimentación sobre ella—. Una familia también es *algo*, que por ser lo que es excluye ciertas modalidades, precisamente por carecer de la capacidad de cumplir con sus fines propios. Exploremos, en primer lugar, de qué va ese algo.

Familia como fuente vital y de identidad

La primera dimensión por la que nos preocupa la familia como núcleo orgánico social es también la primera en el orden del ser: la familia es la fuente de toda persona. Ninguno de nosotros es remotamente concebible con independencia de la familia que lo formó.⁴ Como diría Sandel, no es posible que una persona exista y se desarrolle absolutamente libre de cargas y ataduras.⁵ A tal punto llega nuestra dependencia que llevamos una cicatriz eterna heredada de nuestra madre en el centro de nuestro cuerpo.

Los experimentos mentales según los cuales la persona humana podría “hacer como si” fuera totalmente independiente de lo que le es dado (o impuesto) no deja de ser eso: un experimento mental. Queramos o no, no hay forma de abstraernos de aquel primer vínculo social en nuestro modo de ser y de pensar, “al punto de que si renegamos de él, será a través de los instrumentos conceptuales que la misma familia nos entregó”.⁶ Obviamente, existen no pocas personas que por razones *a priori*

no deseadas no mantienen vínculo con sus familias. Pero ello no obsta a que en su minuto lo tuvieron, y que el lugar donde las personas más naturalmente encuentran su origen es en la familia.

Es más, la familia es el espacio donde se forja la identidad de las personas.⁷ Los resultados de la Encuesta Bicentenario de 2023 ponen en relevancia un aspecto muy importante: el 91% de los encuestados le asigna a la familia su fuente de identidad principal. Y ello tiene sentido: cuando uno se presenta ante otros por primera vez —lo que obedece al ejercicio inconsciente de pensarse a sí mismo— usualmente lo hacemos dando nuestro nombre, que lo eligen nuestros padres; diciendo nuestros apellidos, heredados de nuestra familia; enumerando la cantidad de hermanos, hijos o nietos que se tenga; o si acaso uno fue formado por una tía o un abuelo. Nos pensamos y concebimos sobre la base de las relaciones sociales que entran nuestra personalidad, y la primera de ellas es la familia, pues es ahí donde primará, aunque no exclusivamente, la forja de nuestro carácter e identidad. Somos las personas que somos por el modo en que está configurada nuestra familia. Ciertamente, las relaciones de amistad, políticas y profesionales son importantes para definir aspectos de nuestra personalidad, pero todo ello es accesorio comparado con la influencia que tiene la familia en esa determinación. Es distinto ser hermano mayor a ser hermana menor, y eso es así porque existen relaciones familiares dadas que van dibujando la realidad vital de cada quien. Es en la familia, en fin, donde se transmite y encontramos por primera vez aquel conjunto de principios e ideas, que se llaman cultura y hábitos, que se erige como una estructura desde la que construimos nuestra identidad personal.⁸

La familia es —al mismo tiempo— fuente y extensión de la propia personalidad. Es causa material

3 *Ibid.*

4 Gonzalo Letelier, “El reduccionismo liberal y la politicidad de la familia”, *Ius Publicum*, n° 32, (2014).

5 Michael Sandel, “The Procedural Republic and the Unencumbered Self”, *Political theory*, 12, n° 1, (1984).

6 Gonzalo Letelier, “El reduccionismo liberal y la politicidad de la familia”, *Ius Publicum*, n° 32, (2014).

7 Soy deudor, en este apartado, de ideas conversadas con Eduardo Galaz.

8 Paola Giuliano. “Gender and culture”, *Oxford Review of Economic Policy*, Volume 36, Issue 4, Winter 2020, 944–961.

de la vida, y también su causa final, esto es, aquello por lo cual las personas nos movemos, en el sentido más remoto del concepto. Y esto tiene sentido, porque así como las sociedades tienen fines, las familias también actúan de esta manera. Y esas decisiones pertenecen al todo, a la familia como tal, y no más a una de las partes que a otra. El gol lo hizo Alexis Sánchez, el pase lo dio Jorge Valdivia, pero el partido lo ganó no solo la selección chilena, sino que Chile.⁹ Lo mismo ocurre con la familia. Es la familia la que toma decisiones, la que tiene pérdidas dolorosas, la que gana a un integrante nuevo cuando llega algún novio pretendiente de una hija, o un hijo o nieta nueva. Y dado que esa manera *social* de proceder no se da, por definición, en ninguna otra realidad natural, tiene sentido que sea ella una poderosa fuente de identidad, pues su bien y fines son, al mismo tiempo, bienes y fines de los cuales participan todos y cada uno de sus miembros, bajo la misma lógica de desinterés y gratuidad.

10

Familia como base social

Sostener que la familia es la base de la sociedad quiere decir que ella es una condición sin la cual la sociedad no existiría. Así como lo es de la persona, la familia también es, de algún modo, causa material de la sociedad —pues permite que ella exista— y su causa final —porque la sociedad existe para que las familias puedan vivir, convivir y desplegarse—.

Esta declaración no es pacífica. Se trata de una frase que tiene un contenido político y antropológico robusto, que choca con otra tesis, que en términos generales plantea que la base de la sociedad está en el individuo.

En cierto sentido, la última tesis es correcta. Desde una perspectiva descriptiva, hoy los individuos son, en los hechos, el fin de las políticas públicas. Pero mucho más importante: hoy la autonomía individual es normalmente percibida como un bien normativamente básico¹⁰. Esto es, como un bien sin

necesidad de ser orientado hacia nada fuera de sí mismo. La autonomía individual, entendida de esa manera, se erige como un valor universalmente aceptado, desde el cual las discusiones morales son discernidas públicamente. Y esto tiene implicancias importantes: en este orden de ideas, lo dado, los vínculos en los cuales se nace y a través de los cuales las personas nos desarrollamos son percibidos no como un límite natural que, paradójicamente, habilita nuestro despliegue personal, sino como un obstáculo a remover para plantear y desarrollar sin barreras el propio proyecto de vida, de acuerdo a un patrón normativo propio.

Y aunque todo esto es cierto, no colma la explicación del asunto. No existen ahí afuera solo individuos tomando decisiones morales, económicas o políticas. También hay en nuestra sociedad sistemas que existen de manera relativamente autónoma, como lo son el sistema político o el sistema económico. Y existen otros sistemas o fenómenos sociales con menor autonomía, donde la familia es nuclear y crucial para su funcionamiento. Desde los menos importantes, como lo son ciertos mercados (la adquisición de casas usualmente tiene como protagonistas a las familias; o los supermercados o ferias de alimentos suelen disponer la venta de las mercancías pensando en que las familias serán la unidad consumidora) hasta las operaciones más fundamentales de la persona humana. Pienso en la crianza y educación de los hijos y de la vida en sus primeras etapas, la enseñanza en hábitos y virtudes de los niños, el cuidado de los familiares con alguna dependencia, así como el acompañamiento de las definiciones vocacionales y la posibilidad de materializarlas... Todas operaciones vitales para la sociedad, y que tienen a la familia como principal responsable y lugar donde se llevan a cabo.

El individuo aislado es, en algún sentido, una abstracción. Es abstracción, porque pensarlo

9 Gonzalo Letelier, *op. cit.*

10 En todo esto se ve cómo la influencia de la obra de John Rawls —

en particular lo relacionado con la neutralidad como bien moral a proteger por la sociedad política— ha penetrado en el inconsciente colectivo contemporáneo con una fuerza probablemente o comparable a la que tuvieron Aristóteles, Kant, Locke y Bentham en la filosofía moral y política.

implica separar intelectualmente a la persona de la realidad. Y la realidad indica que el ser humano es, siempre, con otros. Nuestra existencia está trenzada indisolublemente en la vida de otros, siendo los primeros otros aquellos con quienes nos formamos, nacemos y en cuyo seno morimos. Y eso, pienso, es así, porque las operaciones vitales más cruciales de la persona son realizadas por y en la familia, lo que permite concebirla como la base de la sumatoria de todas las relaciones interpersonales conectadas de manera caótica y lógica, llamada sociedad.

Familia como primer bien común

La tercera dimensión en que la familia es el fundamento de la sociedad dice relación con que ella es una realidad social de la más alta importancia. Solo en ella se aprende a vivir con otros. Es, en simple, la primera escuela de sociabilidad. Y a diferencia de otros espacios, donde existen mecanismos de salida y fórmulas para resolver eficientemente discrepancias, en la familia suele haber una tendencia a soportarse mutuamente, aunque no resulte el ejercicio de tolerancia fácil.¹¹ Por eso, la preocupación por la familia estriba en cuidar la célula de protección social más relevante de todas. Si a alguien le preocupa la crisis de la salud, educación, vivienda, o pensiones, es indispensable tener familias robustas, pues en último término son ellas quienes tienen la receta indescriptible e incomprobable, pero evidente, de saber cómo salir adelante. Su debilitamiento institucional, entonces, no es un problema que afecta a una beatería intransigente que se ve atacada en su obsesión por una estructura normativa —como piensan muchos—, sino que es, sobre todo, un ataque a la sociedad misma.

En efecto, de la “inestabilidad de las relaciones de pareja, del problema del ausentismo paterno y baja corresponsabilidad en la crianza, de los escalofriantes índices de violencia intrafamiliar, del

creciente número de niños nacidos fuera del matrimonio, del abandono de los adultos mayores”¹² surgen problemas sociales graves, precisamente porque atacan la estructura básica de contención personal. Cobra sentido de urgencia, entonces, proyectos que ataquen la vulnerabilidad material, la que dificulta gravemente la vida familiar. Pienso en el proyecto de Sala Cuna Universal, que es realmente urgente, para facilitar el acceso a las salas cuna. En el proyecto de conciliación laboral y familiar: nuestro sistema laboral no puede ser un impedimento para la vida familiar ni para la integración de mujeres al mundo del trabajo.¹³ Y tercero, en la creación de un sistema integral de cuidados. El cuidado es un componente crucial para la reproducción y conservación de la vida humana, que no debe reducirse solo a políticas para las personas que cuidan y que requieren cuidados, sino también a que incentiven la natalidad.

El mejor antídoto preventivo de estallidos sociales y revueltas violentas en las que todos perdemos, en consecuencia, es fortalecer la familia con políticas como estas.

Familia como bien público

La cuarta y última dimensión —que se sigue del hecho de que la familia es un bien eminentemente social— es que se trata de un bien público. Reducir la familia a un conjunto de decisiones y libertades privadas desconoce los efectos públicos que tiene el hecho de que una familia esté bien o mal. Aunque ciertamente existe una dimensión privada de ella, si la mayoría de las familias está bien, la sociedad también estará bien. Y si están mal, las soluciones vendrán desde las familias, o no vendrán. Y esa realidad las hace un asunto intrínsecamente público.

¹² Catalina Siles, “Toda la historia”, *El Mercurio*, 2 de abril de 2021, <https://www.ieschile.cl/2021/04/toda-la-historia/>

¹³ Es importante que nos hagamos cargo del castigo cultural a la maternidad a través de mayor flexibilidad, lo que permite mayor corresponsabilidad, y que mujeres que hoy se marginan de trabajar por la rigidez de la jornada puedan hacerlo.

¹¹ Fundación Conboca, *Doctrina social para el hombre de a pie* (Santiago: Universo y Letras, 2023)



Jan van Eyck, 1434, el matrimonio Arnolfini. National Gallery, Londres.

12

Si no fuera un bien público, ¿por qué tanto interés en el tema? ¿Por qué son controversiales la configuración del matrimonio, el aborto, “el sueldo mínimo, los impuestos, la vivienda, la jornada y seguridad laboral, los servicios de salud y todo ese enorme etcétera imaginable?”¹⁴ Estos y otros temas similares son un problema por los efectos que tienen para las familias. El sueldo mínimo no se trata de un asunto monetario o de empleo (primariamente), sino sobre si alcanza o no para el sustento de una familia; el de las listas de espera es que durante las horas de espera los hijos quedaron sin cuidado; “el del diseño urbano es que el padre que trabaja ve tarde, mal y nunca a sus propios hijos, a los cuales, por lo tanto, se los, “educa”, el colegio no porque él no quiera, sino porque no queda otra.”¹⁵

Y son problemas públicos, además, porque familias sanas, robustas, con condiciones materiales y espirituales accesibles constituyen una contribución directa al bien común; bastante más

significativa que muchas políticas públicas que, de lo increíbles que son en el papel, terminan siendo ridículas cuando se las compara con este tipo de reflexiones.

Por eso, la pregunta fundamental desde donde debiésemos aproximarnos a las políticas públicas y a la discusión política en general, justamente para abordar asuntos relativos al malestar social, es cómo podemos hacer verdaderamente posible la vida familiar. Ese sería un aporte directo a los principales agentes económicos y políticos de la sociedad, como lo son las familias.

Una realidad irremplazable

Algo que viene silenciosamente brotando de las cuatro dimensiones expresadas es que la familia es, en rigor, absolutamente irremplazable. Es el único lugar donde la gratuidad es sin ser impuesta, y donde se ve más palpablemente que el bien de una persona está atado de manera indisoluble al bien de otros. Si a mi hija le va bien, es tanta la alegría y regocijo que produce esa noticia, y tan baja la intensidad utilitaria que ella genera, que termina

¹⁴ Gonzalo Letelier, *op. cit.*

¹⁵ *Ibid.*


siendo un bien para mí también, casi al modo en que lo es para ella. Si a mi padre le va mal, es un mal para mí también. Y paso yo también a estar mal, no solo mi padre. Pasa a ser *mi* mal. Todo esto confirma que el bien humano (y su carencia) es comunicable, y el lugar donde más propiamente se comunica es en aquel espacio donde los elementos más fundamentales de la vida se han organizado por primera vez.

Esa gratuidad es crucial: permite establecer las lógicas de confianza que son claves para una sociedad sana. Esa experiencia se crea primariamente en las familias. No hay estado o entidad artificial que pueda reemplazarla. Quienes asignamos a la familia la propiedad de ser la base orgánica de toda sociedad lo hacemos porque vemos en ella un espacio que nadie puede suplir —ni un Estado social ni las más calificadas instituciones expertas en estas materias—, porque las lógicas que posibilitan la vida en sociedad se experimentan primaria y naturalmente en la familia.

Como dice Gonzalo Letelier, si las personas nacióramos adultas, “habría parentescos, pero no familia”¹⁶. La necesidad de la familia se funda en la total dependencia de la pequeña criatura humana, que solo a través del amor de quienes la criaron puede superar dicha fragilidad. Y su especificidad, que la hace irremplazable, es que en su seno hay un amor incondicionado, mucho más fundado en las debilidades y deficiencias humanas que en los méritos y desempeños exitosos. “De hecho, lo que enternece de un niño pequeño es, precisamente, que todo lo hace mal”¹⁷. Y en eso no hay realidad humana que se le asemeje.

Conclusión

Hoy las familias chilenas la tienen difícil. No solo por las circunstancias coyunturales que hacen la vida difícil a toda la sociedad (delincuencia, el costo de vida, el narcotráfico), sino también debido a fenómenos sociales modernos que han afectado directamente a la estructura familiar: atomización, secularización, y un creciente desarraigo de todo lo dado y de toda la herencia cultural recibida. Si la familia es importante, como sugiere la Encuesta Bicentenario de 2023, es fundamental fortalecerla. Una sociedad es más frágil cuando los niños tienen cada vez menos hermanos, con estructuras paternas débiles o prácticamente disueltas. Cuando los adultos mayores quedan solos y sin apoyo familiar, a la suerte de la red estatal que les tocó en su barrio. Y cuando los papás y las mamás trabajan lejos, cruzando los dedos para que sus niños no indaguen en malos pasos durante las tardes.

En consecuencia, quienes asignamos a la familia la propiedad de ser la base orgánica de toda sociedad lo hacemos no por un capricho moral ni por obsesiones ideológicas, sino por lo que la realidad misma nos va mostrando. La familia es un espacio que nadie puede reemplazar, y parece que no lo entendemos: la mejor manera de mejorar una institución que funciona bien no es suplantándola por sucedáneos estériles, sino haciendo las preguntas correctas para poder fortalecerla. Y para fortalecer a la familia, las políticas profamilia no tienen que asumir a la familia como el objeto de la protección social, sino como sujeto de la vida política y social. No sacamos mucho auxiliándola por medio de soportes exteriores, sino robusteciendo sus funciones sociales. El debilitamiento de la familia es correlativo al hecho de que en la sociedad hoy se le pide más, sin darle condiciones ni herramientas para cumplir con esas exigencias. Y eso debe estar en la esencia de las reflexiones, no sólo respecto del fortalecimiento de la familia, sino del mejoramiento de la sociedad. 

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*